

Le Monde jueves 6 de marzo de 2003

Con **Zikrayat** la coreógrafa homenajea a Oum Kalsoum

La postura dialéctica de Leila Haddad

“ Tienen los programadores que abrimos las puertas” constata Leila Haddad que acaba de llenar seis días seguidos el Teatro Trianon, en el boulevard de Rochechouart. Con dinero propio consigue actuar en París esta militante de la danza oriental, rica de todas las sutiles variaciones corporales. O sea, 3000 euros diarios, más el alquiler de todo el equipo técnico.

Zikrayat (memoria) es un homenaje a la cantante Oum Kalsoum, el título de esta creación que se presentó ya en el teatro Mogador, es el de un poema de Ahmed Rami. “ ¡ Este poeta escribió unas 200 canciones para ella que tanto le inspiraba !” nos dice la coreógrafa rodeada en el escenario por ocho bailarinas y un chico. Juntos cuentan la historia de la danza oriental, llamada de manera equivocada “ danza del vientre” por los legionarios de Napoleón de vuelta de Egipto, que no vieron más que esta parte, manera muy masculina de considerar el cuerpo femenino. ¡ quién les tiraría la primera piedra ! Ya que los primeros golpes contra esta famosa danza vinieron de dentro. En 1834 el bajá Mehemet Ali desterró a 400 bailarinas a Alto Egipto ; en 1955 Nasser les exigió tapar el ombligo. Poco a poco la danza ya no sale del ambiente familiar, se encierra para no estar confundida con prostitución. Hay que saber que hoy en día en Egipto las bailarinas necesitan tener permiso de la policía . Hace poco la A.F.P. indicaba que en este mismo país impidieron a la cineasta Jocelyne Saab rodar una película sobre la sexualidad femenina cuya protagonista era una bailarina joven.” Cuando veo en el público a mujeres llevando velo, como ocurrió en la función de tarde del domingo, me entran ganas de llorar, y de ir corriendo en bañador a la parada de metro Couronnes.” dice Leila Haddad. Nacida en Djerba (Túnez) tuvo que discutir mucho para que su familia entendiese que al bailar en teatros y nunca en cabarets luchaba por su cultura. Participa en todos los coloquios, invitada en el mundo entero a bailar en solo.

VISIÓN COMPARTIDA

Dentro de algunos días estará en Berkeley, California. En **Zikrayat** esboza la historia de la danza oriental, influenciada por los gitanos venidos de la India, al igual que el flamenco. Ocho chicas de nivel desigual defienden este espectáculo, contentas todas de subir al escenario, algunas por primera vez. “ No puedo luchar con los sueldos que se les da a excelentes intérpretes que escogen bailar en cabarets. Las bailarinas que están conmigo, las he formado, comparten mi manera de considerar la danza. Un chico baila con nosotras, es un homosexual, lo que a veces me critican. Pero no voy a oprimir a los homosexuales como se oprimen a las mujeres.” La primera parte de Zikrayat toma a los musicales el vestuario a todo color, velos de colores, cuerpos vestidos de arriba abajo. Leila Haddad usa de un humor distante y ligero. Hasta que empieza un solo larguísimo, bellissimo, donde con placer infinito enseña como desde los dedos del pie

hasta la punta del pelo, mueve cada centímetro de su cuerpo, cada mini-músculo de su vientre. Esta manera de mandar el ritmo de un lado para otro, tan claramente que podemos seguir su trayecto con la mirada, expone el cuerpo femenino en toda su movilidad fecunda. Observar como el baile pasa por encima y por debajo de la piel, es una especie de “ georítmica del mundo , desde Asia hasta Europa, . Habría que ir a bailar delante del consulado de Estados Unidos, decir que esta cultura pretenden borrar, dentro de unos días, los estadounidenses.” Dice con fuerza Bernard Rémy, de la Cinémathèque de la Danse (la filmoteca de la danza) que presencié el espectáculo con su hijo.

Leila Haddad no se negaría. Sabe lo difícil que es mantener viva y libre su cultura : “ Sé que para defender mi arte lo tengo que acompañar con un discurso intelectual, no tengo siempre el tiempo necesario.” Sin embargo, al ver la sala llenísima del Trianon, con un público en mayor parte femenino, una se dice, al seguir el trabajo de la bailarina desde hace casi veinte años, que este trabajo no ha sido en vano.

Dominique Frétard